

En una época de incertidumbre, en la que la cultura europea está revisando su identidad, nos pareció interesante volver nuestra mirada y la de los lectores hacia nuestros referentes de antaño. En el último siglo esta retrospectiva ha sido en general satisfactoria, a pesar de la creciente interrelación con otras culturas. La mirada al pasado nos ha permitido distinguir que uno de los recursos que mejor ha sustentado el avance y la renovación de nuestra identidad cultural ha sido precisamente la atención a cuanto los demás podían aportarnos.

Roma supo enriquecer su experiencia en el contraste con otros pueblos, en la integración y convivencia con otras formas de organización y otras visiones del mundo. Por eso el punto de partida del recorrido por algunas estancias de la memoria colectiva es la mentalidad romana, cuya abstracción del proceso vital de los hombres y de los pueblos en la idea de destino se ha prolongado hasta nuestros días. La revisión más trascendente de la propuesta romana se realizó en el humanismo, y de ella pueden ser muestra los artículos dedicados a la obra de Vives y a los grandes símbolos literarios como Don Quijote o Hamlet.

Sin embargo, el progreso del individualismo en nuestra cultura se ha acentuado especialmente desde el siglo XVIII, en que la razón y la voluntad humana se alzaban por encima de las circunstancias con la retórica de los héroes capaces de cambiarlas. El hombre se intentó sacudir esa terrible limitación de la corporeidad cuando su mente concebía planes superiores a sus fuerzas. A pesar de que la psicología incipiente presentaba las consecuencias que iban produciendo los acontecimientos mal asimilados, la enfermedad, la ignorancia y el miedo, que terminaban afectando a grupos de población muy numerosos, el deseo de libertad se imponía al determinismo. Los avances tecnológicos de la revolución industrial favorecieron la consolidación de una conciencia diferente de la vida y del empleo del tiempo.

Como ese proceso individualista no fue compartido por otras culturas que convivían y se veían afectadas por la europea, nos ha parecido conveniente incorporar un estudio acerca de la perspectiva que tenía la cultura islámica en lo relativo a este tema. Los fundamentos de esta forma de pensar contrastan con los conceptos mantenidos desde el principio en la cultura de la que somos herederos, las leyes no escritas de aquella Antígona que decidía enfrentarse a la arbitrariedad del poder.

Agradezco al consejo de la revista la oportunidad de recoger este grupo de estudios, que espero que puedan servir de estímulo a otros muchos. Cada uno de los investigadores en su propia línea de trabajo va marcando unas propuestas a las que inmediatamente damos paso.

León, 15 de abril de 2011.

María Asunción Sánchez Manzano.